

---

## LA IGLESIA Y LA NUEVA FRANCIA.

---

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CONSAGRACION DE LA  
IGLESIA DE "LAS TOURNETTES,"  
(DIOCESIS DE VALENCIA,) EL 25 DE OCTUBRE DE 1892.

---

MONSEÑOR: <sup>1</sup>

El buen Padre Le Jeune, ese carácter tan singular y tan galo, se expresaba un día en estos términos, poco más ó menos:—«Hermanos míos: dadme una Iglesia magnífica. Que tenga el pórtico de la de Reims, «las naves de la de Amiens, el coro de la de Beauvais. «Llenadla de riquezas tales, que junto á ella el templo de Salomón, solo pareciese una bicoca. Henchid- «la, después, de un auditorio compacto; colocad en el «presbiterio más de cuatrocientos sacerdotes revestidos de sobrepellices más blancos que la nieve de los «campos y de ornamentos de seda recamados de oro; «que ese pueblo y esos sacerdotes canten alternativamente los más solemnes himnos, observando todos los

<sup>1</sup> Monseñor Ctohon, Obispo de Valencia.

«detalles de rúbrica. Introducid, además, en ese templo, á los magistrados, á los nobles, á los sabios, á los guerreros y á todo cuanto sea capaz de realzar el esplendor de una asamblea. Agregad á todo eso, el orden de las ceremonias, los cánticos de la fiesta, el tañido de las campanas; y luego, suponed que ninguna de las almas que ahí se encuentran está en estado de gracia. Si al lado de ese magnífico templo, existe una miserable casucha habitada por una pobre vieja corcobada y contrahecha; pero teniendo su corazón limpio de manchas y sin ligas con el pecado, Dios preferirá mil veces la cabaña de esa vieja, á la Iglesia que os he pintado y por la cual solo tendrá menosprecio. Porque en verdad, lo que hace á los ojos del Señor la belleza de un templo, son las almas que en él se congregan.»

Si la Providencia, Monseñor, se digna como es creíble, volver sus ojos hácia todas las espléndidas y ricas basílicas de nuestro país, pocos templos habrá seguramente, que deba contemplar con mayor complacencia y amor, que éste, pues que posee actualmente en Vos una de las más bellas almas de obispo y—pongo por testigo á todo este venerable clero—uno de los más paternales corazones que sostienen y satisfacen á nuestra Santa Iglesia de Francia.

He ahí, hermanos míos, un motivo de más en vosotros para amar y honrar á este nuevo templo, tan gentil, tan gracioso, tan acabado y cuya elegancia, riqueza, sóbria y pura belleza, immortalizarán en los recuerdos de esta parroquia el celo, la generosidad, el espíritu y el gusto de vuestro apostólico párroco.

Si no encontráis ya aquí el perfume de las virtudes y de la piedad de vuestros padres, estos muros por lo menos mostrarán la inagotable caridad de los bienhechores que se encuentran con el oro listo en las manos para todas las fundaciones católicas; os hablarán de vuestro país, de vuestra municipalidad, que tomó como un deber representar la fé de vuestros antecesores, contribuyendo á estas edificaciones; os hablarán de la Francia, del gobierno francés, del que no se puede desesperar completamente, á pesar de los tristes acontecimientos del día, puesto que, como lo véis, todavía deja en su presupuesto lugar para reconstruir los templos.

Además, recordaréis que este novel templo espera en lo futuro, de vosotros, otros tesoros y otros ornamentos, porque ésta desposada todavía no tiene todas sus galas. Preciso será crear las tradiciones de piedad; sembrar los recuerdos religiosos; preciso será grabar en sus muros, para las generaciones venideras, las huellas de la fidelidad y de fé que vuestros antepasados habían dejado tan profundas y hermosas en el templo antiguo; pues que si desertáis hoy de éste último no es porque vuestro corazón se aleje sino porque sus piedras seculares y sus macizas bóvedas fueron menos resistentes y firmes que los principios, las creencias y las tradiciones de vuestra fé.

Esta es, en efecto, hermanos míos, la ley de la Iglesia Católica, de la fé cristiana, del Evangelio de Jesucristo, de la religión de gracia que es la vuestra: mientras que al rededor de ésta todo se gasta, todo envejece, todo se derrumba; mientras que las civili-

zaciones férreas y los templos de piedra se encaminan de la juventud á la decrepitud, y de ésta á la ruina, la Iglesia sin cesar se renueva, se rejuvenece, estando siempre vigorosa y bella. La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, ese cuerpo al que se pueden aplicar las palabras de San Pablo: «Bien pueden acumularse las ruinas á nuestro derredor: nuestra confianza no desmayará, pues que si nuestro sér visible exterior se disuelve y cae en ruinas, el que vive dentro de nosotros se rejuvenece de día en día.»<sup>1</sup> La Iglesia es el alma de la sociedad: dejad á ésta que siga su camino; dejad que resuenen los gritos de guerra y que se traben las grandes batallas del progreso: la Iglesia no morirá con los muertos: al contrario, se echará de ver, cuando el polvo y el humo se disipen en el horizonte, que si el progreso, si las victorias de la justicia, de la conciencia, de la libertad, son luces con las que se honran los pueblos, al cristianismo es al que desde toda eternidad, Dios confió la guarda del foco y de la fuente de aquellas.

Voy, pues, á tratar, hermanos míos, de demostrar que la Iglesia Católica siempre es joven. Me parece que si yo no os dijese esto, las blancas piedras de este piadoso y gracioso monumento lo gritarían, como dice un profeta.<sup>2</sup>

El gran signo de la divinidad de la Iglesia consiste en su indestructible inmortalidad. Ahora bien, no hay inmortalidad sin juventud, ó si lo preferís, sin una incesante renovación. Cuando encontráis un árbol que

<sup>1</sup> II Cor. IV. 16.

<sup>2</sup> Hab. II. 11.

no dá ya el ornato de sus flores ó de su follaje al renacer la Primavera, os decís: ¡este árbol está muerto! No; Dios no puede permitir que en ningún momento de la historia, cualquiera que sea ese momento, haya fundamento para decir: ¡la Iglesia se muere; la Iglesia ha muerto!

Cierto es que en nuestros días menos que nunca, han faltado las predicciones fúnebres al catolicismo. Se vocifera que el león católico se ha envejecido, para provocarle los puntapiés de los ignorantes. Se repite sin cesar á nuestros oídos, que la Iglesia, enferma y cascada por la edad ya no puede seguir á las generaciones en su marcha alegre sobre la gran vía del progreso. Se insulta especialmente al apostolado francés, acusándolo de haber dejado empobrecer en sus venas una sangre que los mártires hicieron tan rica y los caballeros tan ardiente. Se diría que nosotros hemos llegado demasiado tarde á un siglo demasiado joven; y aún cuando venimos, bajo la garantía de nuestros derechos civiles y bajo la inspiración de nuestro patriotismo y de nuestra fé á ofrecer para la obra social de nuestro país, el sudor de nuestras frentes y el celo de nuestros espíritus, se encuentran gentes que nos responden: la puerta está cerrada; estáis demasiado encadenados á la roca inmóvil del pasado, para ser capaces de acompañar á la sociedad rejuvenecida en sus avances hácia el porvenir.

Pues bien, hermanos míos, la respuesta á esos errores que nos injurian, á esas chillantes injusticias está simbolizada aquí mismo, bajo vuestras miradas. Levantad la vista; el aspecto nuevo de este blanco tem-

plo, os dice que lejos de ser arrastrado en las ruinas del pasado, el reino de Dios en la tierra está siempre bastante resplandeciente ante los *nuevos* soles. Mirad á vuestros piés: la tierra sobre la cual este templo se ha desarrollado cual una flor primaveral, es una tierra santa, es la tierra francesa. Ella no se ha vuelto, pues, estéril, para las miras de Dios aquí abajo. En consecuencia, no tenemos por qué desesperar del porvenir francés en la Iglesia, ni del porvenir católico en Francia.

«La espada del soldado de Dios,» como dijo Shakespeare hablando de la Francia, no está mas que descansando un tanto en su vaina, y tal vez esté ya cerca la hora en que, con la ayuda de los acontecimientos, la Francia religiosa, la Santa Francia, corra á los campos de batalla donde la justicia lucha con la iniquidad, mientras que la Iglesia francesa cuyo corazón late todavía, vuelta á la paz y á la libertad, dará el toque de reunión para todos, en la fraternidad y el progreso!

## I

La Iglesia siempre es jóven.

Esta eterna juventud de la Iglesia, lo mismo que la eterna juventud de nuestras almas, procede del mismo principio: Jesucristo. El que posee á Jesucristo, posee esa maravillosa fuente de progreso y de rejuvenecimiento á la vez; gracias á la que puede adaptarse, por medio de la caridad á todas las razas, cualesquiera

que sea su carácter; á todas las naciones, cualesquiera que sea su clima; á todos los siglos, cualesquiera que sea el espíritu de éstos; á todos los progresos, cualesquiera que sea su dirección; á todas las sociedades, cualesquiera que sea su forma constitucional.

Digo, hermanos míos, que la Iglesia y el cristiano que poseen á Jesucristo se adaptan por la verdad y la caridad, la cual es una adaptación perfecta. Por la verdad, en efecto, la alianza se consuma con todo cuanto es justo y verdadero; por la caridad, el contacto se establece con todas las miserias para aliviarlas, con todos los vicios para extirparlos. Por esto, los profetas, al anunciar la venida de Jesucristo, no perdían de vista su carácter esencial y constantemente reparador. Lo representaban como el autor de toda renovación, el principio de toda juventud para el mundo y para las almas. "Hé aquí que yo todo lo renovaré"—dijo el Señor por Isaías<sup>1</sup> "Yo os daré—agrega el profeta Ezequiel, hablando en nombre de Dios—"un espíritu nuevo en un corazón rejuvenecido."<sup>2</sup> Y bajo la influencia de esta actitud del cielo en sus relaciones con la humanidad, Isaías predijo además la renovación de la tierra.<sup>3</sup>

Jesucristo nace y todo será ya nuevo: la Alianza, el Testamento, la ley, los hombres. Todo es jóven: los que profetizan<sup>4</sup> y los que primero dan testimonio de la Resurrección.<sup>5</sup> El apóstol San Pablo, al cual fué otorgado más que á ningún otro, mirar la Iglesia de

<sup>1</sup> Isai., XLIII 19.

<sup>2</sup> Ezeq., XXXVI, 26.

<sup>3</sup> Isai., LXV., 17.

<sup>4</sup> Joel., II, 28, Act. II, 17.

<sup>5</sup> Marc., XVI, 5.

frente y analizar sus bellezas y su substancia, se hizo el teólogo de este renacimiento universal tanto como incesante. Después de haber reconocido auténticamente que es la humanidad cristiana, "la renovación de toda cosa se cumplió"<sup>1</sup> recomienda con instancias á los fieles de todos los tiempos, que se renueven en Jesucristo por la justicia y la santidad.<sup>2</sup> Por temor de que esos mismos fieles no llegasen un día á creer que después de la renovación inicial, la del bautismo, una vez operada, era permitido *envejecer* ó permanecer estacionarios, insiste diciendo: "Revestíos del hombre nuevo, "que no solamente es nuevo, sino que sin cesar rejuvenece."<sup>3</sup> Este hombre nuevo, hermanos míos, vive en la Iglesia como vive en las almas; y tanto que la ley de la Iglesia bajo el punto de vista de esta evolución constante hacia una juventud que siempre comienza, en nada difiere de la ley de las almas. No ciertamente en este sentido: que la Iglesia abandone jamás sus antiguas creencias y sus elementos constitutivos, sino en el de que ella encuentra en su inagotable fecundidad recursos siempre renovados para acompañar y guiar á la humanidad en la tierra.

¿Comprendéis, hermanos míos, ese poema de antigüedad y juventud, ese idilio divino que conserva entre Jesús y la Iglesia su esposa, el perfume de la primavera, sin perjudicar al tesoro de preciosos recuerdos y de antiquísimas fidelidades? El esposo divino, el "hombre bueno," por excelencia, "saca de su cora-

<sup>1</sup> II, Cor., V, 17.  
<sup>2</sup> Efes., 23, 24.

<sup>3</sup> Colos. III, 10.

zón y sin cesar, lo antiguo y lo nuevo."<sup>1</sup> La esposa ideal, la Iglesia, le canta en un epitalamio eterno: "Mi bien amado siempre os he guardado un amor joven, aunque es ya diez y nueve veces secular."<sup>2</sup> El esposo dá su sangre para que la esposa, siempre bella, se encuentre libre de las injurias de la decrepitud y limpia de toda arruga. <sup>3</sup> La esposa para conservarse digna de un esposo siempre joven, y jamás envejecer, va todos los días al pié del altar de Aquél que «regocija su juventud,» <sup>4</sup> á beber ese vino precioso del amor sobrenatural que se «conservará nuevo hasta la eternidad.» <sup>5</sup>

Resulta en la Iglesia de Dios un perpétuo rejuvenecimiento, un incesante renacimiento. Mientras que con una mano la Providencia impele á la sociedad hácia el fin misterioso que fijado tiene por sus decretos, y renueva así en cada siglola faz de la tierra,<sup>6</sup> con la otra mano conduce á su Iglesia; y á cada paso del mundo, ésta siente también "renacer su juventud como la del águila;<sup>7</sup> y cualesquiera que sean la novedad y el esplendor de las vías que Dios abre á este mundo material, las abre al mismo tiempo á las conquistas de su Iglesia. <sup>8</sup>

Así, pues, hermanos míos, en la Iglesia la flor de la juventud se abrirá siempre sobre la roca de la antigüedad. Las obras humanas están condenadas á ser puras novedades efímeras ó ruinas, porque nacen y

<sup>1</sup> Mat. XIII, 52.  
<sup>2</sup> Cant. VII, 13.  
<sup>3</sup> Efes. V, 27.  
<sup>4</sup> Salm. XLII, 4.

<sup>5</sup> Marc. XIV, 25.  
<sup>6</sup> Smaí. CIII, 30.  
<sup>7</sup> Salm. CII, 5.  
<sup>8</sup> Hebr. X, 20.

mueren luego. Las obras de Dios, ya sea que pertenezcan á la naturaleza ó á la gracia, entrañan siempre con la inmutabilidad de su fondo, transformaciones incesantes. Este doble carácter de lo antiguo y lo nuevo, reunidos, es una huella que la mano de Dios se complace en dejar sobre todas sus obras propias.

Las religiones de origen humano son, ó demasiado jóvenes, ó demasiado viejas. El protestantismo data de ayer; el mahometismo está ya decrepito. Jesucristo estaba al principio, ayer, hoy y en todos los siglos, siempre radiante en su divina fuerza y en sus treinta y tres años. La Iglesia, que no es más que la acción de Jesucristo en los tiempos, lleva en toda su historia, en todas sus manifestaciones, la marca de la inmarcesible y vivificante juventud de su Dios.

¿Cuál es, hermanos míos, después del Evangelio, la época del mundo, el pueblo de la tierra, que no haya encontrado á su frente la Iglesia siempre ardiente y siempre joven?

¿Será acaso el viejo pueblo romano, cuya obra formidable y respetada por los siglos, no pudo resistir el asalto del apostolado cristiano? ¿Será el bárbaro brutal y primitivo, al cual, el dedo de San Remigio mostraba el porvenir á través de las pompas del bautismo de Clodoveo? ¿Será el caballero vestido de hierro, que los monjes y los Papas enviaban á través de la Europa hasta el Santo Sepulcro, para medir, por decirlo así, á la humanidad y aprender que el mundo no estaba limitado por una cintura de fortificaciones ni contenido en el horizonte que se descubría desde la torre de un castillo almenado? ¿Será el racionalismo

del siglo XVI, ó el filosofismo del XVIII, que no hubieran podido siquiera saber leer y escribir, si los conventos y los colegios religiosos hubieran cerrado sus puertas á los Lutero y á los Voltaire? ¡Ah! dicen que la Iglesia ya no es joven: los que han recojido todos los viejos errores arrastrados á través de los tiempos desde el paganismo, cual orugas intelectuales son los que esto dicen! ¡Se dice que la Iglesia no es progresiva! Los que quisieran entregar el mundo á la salvaje anarquía, ó encerrarlo de nuevo en la férrea mano del Cesarismo, son los que sostienen eso! Pues bien, á esos dejémoslos hablar: no mentirán impunemente! . . . Cuando se rasgan así las páginas de la historia se puede intentar rasgar las del Evangelio; pero no se le podrá hacer el menor mal á éste! Cuando se ha ultrajado así la verdad humana, se puede intentar blasfemar contra las enseñanzas sobrenaturales, pero no se tiene crédito bastante para atentar contra la verdad divina!

Mas, hermanos míos, es, sobre todo á nuestro siglo XIX, el siglo más *eminente* moderno, puesto que el XX pertenece todavía al porvenir, en el que ha sido dado á la Iglesia afirmar sus facultades progresivas y acompañar con pasosiguales los progresos más osados de la sociedad humana. Pasad la vista solamente, y para no hacer interminables estas consideraciones, sobre lo que ha pasado en Francia durante este siglo, que pronto vamos á despedir para no volver á verlo más. Nunca, tal vez, las vibraciones más variadas del espíritu nacional fueron más intensas; jamás se vieron tantas revoluciones diversas repartirse el curso

de los años: hemos escuchado alternativamente alaridos de guerra y gritos de libertad.

Hemos visto el pendón de la democracia surgir de repente del seno mismo de un imperio que reunía á la fuerza de un cetro de hierro y de génio todo el prestigio de la gloria. ¿Cuál ha sido el puesto, cuál ha sido el papel de la Iglesia en medio de esas tempestades, en el centro de esas sorpresas? En el seno de ese pueblo de valientes ¿ha sido ella valiente? Entre esas almas que aspiraban con ardientes deseos hácia la libertad ¿ha sido ella liberal? En el centro de las masas que se agitan actualmente y reclaman una parte más grande de sol y luz ¿no ha sido ella bastante democrática? ¿Qué tentación vendría, hermanos míos, si este discurso no debiese concluir; qué tentación viene de rehacer aquí esa espléndida historia de la moderna Iglesia! ¡Ah! ¿os agradan los espíritus que se entusiasman? ¡Ah! ¿os embriagáis con el ruido de las voces que suenan como trompetas? ¡Ah! erigís estatuas á los que saben derramar su sangre por su patria ó por sus creencias? ¡Ah! noble pueblo francés ¿has conservado en tu corazón viva la llama ardiente de tus antecesores, los caballeros? Pues bien, mira si en todos los campos de batalla, donde brillan los aceros ó donde estalla la palabra, mira si la Iglesia se ha quedado atrás; mira, y dí si los hijos de esta Iglesia son indignos de tí! ¿Acaso no es un caballero cristiano, de corazón generoso y elevado, el que lanzó como una orden á todos los suyos, esta magnífica declaración, á la cual ningún hijo verdadero de la Iglesia ha desmentido: «Somos los hijos de los Cruzados y no retrocede-

remos ante los hijos de Voltaire?» ¿Acaso no es la más pura sangre católica, la sangre que corrió en Mentana y en Castelfidardo la misma que tiñó gloriosamente la bandera de Patay? . . . . . Y si el siglo XIX en Francia, es un siglo de batallas dentro y fuera del suelo de la patria; un siglo que nace entre el estruendo de los combates y que termina entre el chasquido de las armas que se forjan en todas partes ¿los hijos queridos y fieles de la Santa Iglesia no aparecen en las primeras filas en todas las vías del honor nacional, así como en todas las brechas donde se traban los combates incruentos por la justicia y la verdad?

La Francia moderna no sólo es militante: está sedienta de libertad. No pide solo para ella la libertad, sino para todo el mundo. Pues bien, hermanos míos, ¿dónde se encuentran hoy los más infatigables campeones de la libertad? . . . . No se trata aquí, por supuesto, como lo creéis, de esa licencia que la honradez reprueba y que la sociedad teme como al más funesto de todos los males.

Empero todas las libertades legítimas, nobles y verdaderas ¿quién es el que las reivindica cuando faltan, las defiende cuando son atacadas, las reconquista cuando se pierden, y gasta su elocuencia, su ardor y su sangre para defenderlas? . . . . Un monje fué, hermanos míos, el que pronunció, desde lo alto de la más augusta tribuna, la más majestuosa frase que nuestro siglo haya escuchado en favor de la libertad. Ninguno de los que estaban presentes han de haber olvidado al dominico Lacordaire, mostrando sus blancos hábitos y exclamando á la faz del siglo XIX: «¡Yo soy una